

RESEÑA

Ramírez Santacruz, Francisco, *Sor Juana Inés de la Cruz. La resistencia del deseo*, Cátedra (Biografías), Madrid, 2019, 320 páginas. ISBN 9788437639710.

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/nueind.58>

AMPARO IZQUIERDO DOMINGO

(Universidad Nacional de Educación a Distancia)

La curiosidad por relatar la vida de Sor Juana se inicia con *Vita*, publicada en 1700 por el jesuita Calleja a partir de la extensa correspondencia mantenida durante años. Dos clásicos ya del s. xx –las biografías de Amado Nervo (1910) y Octavio Paz (1982)–, continúan el esfuerzo por reconstruir la vida de Sor Juana. En la actualidad, cuentan ya con mayor información documental otros autores como Antonio Alatorre, Salazar Millén, Ramón Xirau o Darío Puccini.

Esta biografía propone una exégesis lo más objetiva posible de todos los datos conocidos de la vida de Sor Juana hasta el día de hoy sin caer en la lectura del liberalismo laico ni de la interpretación hipercatólica. Y ciertamente lo consigue por su rigor y por el conocimiento de las corrientes literarias de la época en las que incluye sus poemas.

Comprende siete capítulos ordenados cronológicamente: familia y juventud –«Los riesgos del mar»–; vida cortesana e inclinación religiosa –«El objeto venerado»–; ingreso como religiosa jerónima –«El glorioso honor en el claustro»–; reconocimientos poéticos y primeras enemistades –«Los conceptos de un alma»–; anhelo de conocimiento y habilidades financieras –«El parnaso en el convento»–; defensa de la escritura femenina y conflictos –«Los aplausos y las calumnias»–; y «La resistencia en el deseo», examen de conciencia y renuncia de la vida intelectual.

En «Familia y juventud» se señala el origen ilegítimo de Juana Inés, fruto de la relación Pedro de Asbaje e Isabel Ramírez. Vivió sus primeros años (incierto 1651 o 1648) en la hacienda regentada por su madre en Panoayan. En una época caracterizada por el analfabetismo y vulnerabilidad en las mujeres, el carácter determinado y fascinado por la aventura intelectual de Juana Inés le guió desde temprana edad hacia el estudio en la biblioteca de la mano de su abuelo, buen conocedor de los clásicos. Para explotar todas sus cualidades, se dirige a la capital de la Nueva España donde españoles y criollos formaban la élite civil y eclesiástica. Serán años de preparación y formación intelectual en el estudio de las humanidades y demostrará un marcado interés por las finanzas y la contabilidad. Juana vivió con sus parientes, los Mata gente muy acaudalada que cultivaban relaciones con la corte.

En 1665 –«El objeto venerado»– llegó adolescente a la corte de los virreyes de Mancera. Se familiarizó con la cultura cortesana en bailes, festejos y ceremonia. La virreina Leonor Carreto destacaba por su refinamiento cultural y recibió como dama a Juana Inés. Su habilidad para componer versos, su carisma e inteligencia se desarrollaron en este entorno cortesano. Sólo en América, con una sociedad menos jerarquizada, se podía ser ilegítima y protegida de los virreyes. Leonor Carreto estimuló en Juana Inés aún más sus aptitudes poéticas y reafirmó su gusto por el teatro, arte por el que los virreyes sentían predilección. De estos años data su primer poema fechable: un soneto en honor a la muerte de Felipe IV.

El Marqués de Mancera decidió someterla por su fama de superdotada a un examen público ante las voces de los contemporáneos que criticaban el acceso de las mujeres al conocimiento. El examen que comprendía teología, historia, literatura y ciencias le reportó fama y elogios –posteriormente se convertirían en ataques y hostigamientos–. Este hecho junto con la recomendación del jesuita más influyente de Nueva España, Núñez de Miranda será decisivo en su decisión de tomar los hábitos y respondió a una espiritualidad pragmática. Descartado el matrimonio por su falta de interés y su condición de ilegítima, sólo el estado monjil permitía salvar el alma con decencia. En 1667 ingresó Juana Inés en la orden carmelita, caracterizada por su austeridad, para abandonar tres

meses más tarde ya que los rigores de la regla carmelita la habían enfermado y recomendaron su salida.

En el tercer capítulo —«El glorioso honor en el claustro»—, se inicia en 1668 con el ingreso como seglar en el convento de las jerónimas de Ciudad de México. Regía en el convento la «vida particular», con celda propia y más privacidad. Se entiende perfectamente la nueva decisión de Sor Juana: ser jerónima le permitía participar en la vida cultural novohispana del s. XVII asistiendo a certámenes, entrar en contacto con monjas de otros conventos como Sor Agustina de San Diego o mantener el locutorio más activo de Nueva España adonde llegó la flor y nata de la sociedad e intelectualidad.

La actividad poética de Juana de los años setenta estuvo regida por homenajes, encargos, peticiones y poesía fúnebre, cinco juegos de villancicos y trece loas. La composición de obras fueron una fuente de ingresos que le permitieron subsistir sin problemas económicos en el convento.

En «Los conceptos de un alma» Ramírez relata la composición en 1680 del *Neptuno alegórico* para conmemorar la entrada de los nuevos virreyes de la Laguna en Nueva España. La nueva virreina, María Luisa, condesa de Paredes, tuvo un papel preponderante como amiga y confidente. Al igual que la Carreto, fue una mujer culta con gran sensibilidad para las artes. Por ello ya en Madrid supervisará en 1689 el lanzamiento del primer libro de Sor Juana, *Inundación Castálida*. Los poemas amorosos de sor Juana hacia la condesa están anclados en las tradiciones del petrarquismo y del neoplatonismo. Ramírez subraya con sumo acierto que María Luisa y Sor Juana tuvieron una relación intensa que debe entenderse en el contexto del patronazgo y el mecenazgo, propio de las condiciones políticas y sociales de la época.

El quinto capítulo, «El parnaso en el convento» acentúa el talento de Sor Juana en el convento para los negocios, una gran habilidad para la administración y la contabilidad encargándose de la responsabilidad financiera del convento. Estuvo al tanto de los precursores del pensamiento económico y compartió una moderna actitud hacia el dinero, el trabajo y la inversión. Su mejor inversión fue su biblioteca: libros, aparatos científicos, cuadros, alhajas e instrumentos musicales. A su muerte

contaba su biblioteca con 180 volúmenes de Santos Padres, poetas latinos, cosmógrafos, teólogos, historiadores, filósofos, lingüistas y matemáticos.

Ramírez destaca la figura del jesuita Núñez de Miranda en relación a la decisión de vida religiosa de Juana Inés y sus posteriores cambios. Consideraba que ser una buena religiosa y una mujer dedicada a las ciencias, a las humanidades, a la lectura y a la escritura, era incompatible y condenable. Aconsejaba, por tanto, la penitencia y la mortificación según los criterios de la Contrarreforma que defendía. Recriminaba la aceptación de encargos como el de diseñar el arco triunfal para los virreyes en 1680.

Tal vez la envidia de Núñez por el éxito de la monja como villanciguera oficial del virreinato y los beneficios que recibía de parte de la élite fueron los motivos por los que la denostó públicamente. Fue el confesor de Juana Inés entre 1669 y 1684, fecha en que Sor Juana decidió poner fin a su vigilancia e intimidación y empezó a escribir sus obras maestras gracias a la libertad intelectual recién conseguida. Entre ellas tres autos sacramentales: *El divino Narciso*, *El mártir del Sacramento*, *san Hermenegildo* y *El cetro de José*; el *Neptuno alegórico* y la *Explicación sucinta del arco triunfal*, *Los ejercicios de la Encarnación* o los *Ofrecimientos de los Dolores*. Aceptó que las letras humanas eran un regalo divino, no una tentación. Reconcilió así su vida de religiosa y escritora.

En 1688 «Los aplausos y las calumnias» llegan los condes de Galve, nuevos virreyes. Sor Juana fue comisionada para la composición de una loa y una comedia, *Amor es más laberinto*, que compuso con Juan de Guevara. El lanzamiento de *Inundación Castálida* en Madrid fue un éxito rotundo en un momento en el que a las mujeres no se les otorgaba la misma capacidad intelectual que a los hombres y la producción artística de los virreinos americanos era considerada de menor calidad que la española.

Ese mismo año, una monja del convento de la Santísima Trinidad de Puebla envió una misiva explicando la publicación de una epístola privada de Sor Juana, un texto teológico sobre las finezas de Cristo. Aprovecha la monja para tratar de criticar la dedicación al estudio de las humanidades en detrimento de la literatura religiosa. La reacción a la carta será

otra publicación: *Carta de Sor Filotea de la Cruz* escrita por el obispo de Puebla. En ella solicita a Sor Juana que se dedique a hacer poesía a lo divino y le conmina a emplear su tiempo en la filosofía moral.

La *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* de Sor Juana se centra en la defensa de su derecho a escribir versos y a estudiar. En ella expone que el deseo de conocimiento es inherente a ella y de que no existe equidad entre hombres y mujeres para acceder al conocimiento. Con esta carta alcanza su mayor madurez como prosista y el pleno dominio de las estrategias retóricas. Sin embargo, los envites de estos religiosos le fue provocando un conflicto interior con consecuencias infaustas.

El último capítulo, «La resistencia en el deseo» da nombre al capítulo y a la obra general. Fue decisivo en esta etapa el malestar físico de 1692 y los incesantes reproches del obispo Fernández de Santa Cruz quien perseveraba en el control de su actividad intelectual y desdeñaba sus escritos.

Conocidos los ataques de la *Carta atenagórica*, sus amigos editores decidieron utilizar los preliminares de *Segundo volumen* en 1691 como defensa de las habilidades intelectuales y poéticas de Sor Juana. Sin embargo, en febrero de 1693 Sor Juana decidió volver a pasar por el año de noviciado y romper sus relaciones con el mundo exterior.

Según Ramírez, el cambio de vida se habría originado por un examen de conciencia. El rotundo éxito de su obra provocó su crisis de identidad en una vida llena de paradojas. Varían las fechas del origen de la crisis. Calleja, el primer biógrafo de Sor Juana, describe las fases de este proceso: confesión general y redacción de una *Petición casuística* dirigida al Tribunal Divino en que se pide perdón por sus pecados. Se deshizo de sus libros y enseres. Reservó sólo libros de devoción y cilicios. A partir de ahí se dedicó a obras de caridad y comenzó un régimen de penitencias y ayunos. La versión de Castorena no varía en esencia como la de Juan Antonio de Oviedo quien sólo añade su reconciliación en estas fechas con Núñez de Miranda.

Respecto a los últimos años de Sor Juana destacan tres versiones. La primera cree fielmente los testimonios antiguos y atestigua la crisis religiosa y el cambio de vida hacia la santidad; la segunda, difiere de la opinión de los jesuitas y considera que el ataque del alto clero novohispano

—en concreto el arzobispo Aguiar y Seijas— logró finalmente silenciarla; y una tercera, intenta conciliar ambas sin mucho éxito.

Mujer de extremado talento e inteligencia, carismática y atractiva con irreprimible dedicación al estudio y al pensamiento crítico, gozó de fama y admiración en la corte virreinal novohispana y entre los intelectuales de la España del s. xvii. Sin embargo, su conflicto, la dificultad de compaginar su vida de letrada y monja, en el complejo contexto cultural de Nueva España, derivó en la renuncia de las actividades intelectuales que la Décima Musa había defendido insistentemente en sus escritos y en su vida.